

MARIA MUJER CRISTIANA Y DISCIPULA



Hno. Ismar Portilla

1. CONTEMPLACIÓN DE MARÍA COMO LA PRIMERA CRISTIANA

1.1. El camino evangélico de acceso a la contemplación de María.

Cuando abrimos el Nuevo Testamento en busca de María y vamos recorriendo los distintos estratos que lo han ido configurando, la primera impresión es de cierta perplejidad. Hay tradiciones enteras que no nos hablan de Ella (toda la tradición paulina y el resto de las cartas, por ejemplo) y otras que lo hacen de modo rápido y un tanto chocante, que, de entrada, desconcierta (Marcos y las demás tradiciones recogidas en la vida pública de Jesús según los sinópticos). Hay que remontarse a las dos versiones de los llamados “evangelios de la infancia”, de Mateo y Lucas respectivamente, para encontrar una consideración más densa y sugerente de la figura de María. ¿Qué pasa, entonces, con ella? ¿Por qué no aparece en las cartas paulinas? ¿Por qué ese tratamiento de su figura, tan seco y distante en Marcos?¹ Se diría que puede anunciarse y vivirse el evangelio sin tanto bombo sobre María... Esta primera experiencia de perplejidad, que nos produce interrogantes de tan grueso calibre que, nada más iniciar el camino, nos tientan de abandono, es, sin embargo, a mi modo de ver, el primer acto pedagógico de la misma Palabra de Dios en nuestra búsqueda. Porque, si estamos perplejos es porque la misma Palabra de Dios nos ha dejado perplejos.

Efectivamente, con esta experiencia tenemos ya su primera lección. A través de ella nos está diciendo: “han quedado perplejos porque han venido a mí, buscando lo que yo no pretendo. Mi intención última no es anunciar a María ni hablar de ella; es anunciar a Jesús y hablar de él. Lo que deseo, por encima de todo, es que comprendan que él es el Señor y que ésta es la buena noticia de salvación para todo el mundo. Empieza por aquí, entrad por aquí y no por otro lado”. Esta primera lección puede parecernos una perogrullada pero ya que es la Palabra de Dios quien habla... Le hacemos caso, volvemos sobre nuestros pasos y abrimos de nuevo el Nuevo Testamento. Esta vez no entramos en él buscando a María sino a Jesús. Y poco a poco, vemos que el camino empieza a iluminarse y somos transportados a una experiencia nueva y profundamente sugerente: la Palabra de Dios nos conduce hasta María a través de su contemplación de Jesús como Señor².

¹ Recordamos que en Marcos sólo hay dos alusiones directas a la madre de Jesús: en el episodio de la búsqueda de Jesús por parte de ella y de sus parientes (Mc 3, 31-35) y en el episodio de la visita de Jesús a su pueblo, Nazaret (Mc 6, 1-6).

² Con esta constatación no quiero descalificar el lema “*per matrem ad filium*”, que tanta fortuna ha hecho en algunas escuelas de espiritualidad: bien entendido, puede tener su fecundidad en la vida espiritual.

Al ir recorriendo las tradiciones del Nuevo Testamento, nos damos cuenta de que todas tienen en común la proclamación del señorío de Cristo con un mensaje que podríamos sintetizar de esta manera: “anunciamos que Jesús de Nazaret es el Señor porque somos testigos de que en él se nos ha manifestado y con él ha llegado hasta nosotros la plenitud del Espíritu y, por lo tanto, la plenitud de la filiación divina. Creed en él”. Esta proclamación nunca se hace en el vacío sino que va siempre apoyada en la experiencia de las manifestaciones de esa plenitud del Espíritu a través de los acontecimientos más reveladores de la vida de Jesús³. Ahora bien, sobre la base de este mensaje común, cada tradición, como es sabido, presenta sus propias características, sus matices propios.

Recorriendo los escritos de Pablo, por ejemplo, nos damos cuenta de que centra su contemplación del misterio de Cristo en el acontecimiento de su muerte y resurrección. El señorío de Jesús, oculto en su vida terrena por despojo total de sí mismo hasta la muerte y muerte de cruz, se revela y queda patente en la **resurrección**. Él mismo confiesa que el “evangelio de Dios”, del que ha sido elegido apóstol, es “acerca de su Hijo, nacido del linaje de David según la carne, constituido Hijo de Dios con poder, **según el Espíritu de santidad por su resurrección de entre los muertos**, Jesucristo Señor nuestro” (Rm 1,3-4). Pablo no se detiene, por consiguiente, en los acontecimientos de la vida de Jesús de Nazaret para apoyar el anuncio del señorío de Cristo. Todos aquellos acontecimientos quedan englobados en lo que sería el tiempo de su *kénosis*, del “pasar por uno de tantos”, llevado hasta el punto, no ya de la no-manifestación de su señorío, sino de una auténtica contra-manifestación del mismo, asumiendo la condición totalmente opuesta a la de Señor, la condición de esclavo (Cf. Filp 2,6-11).⁴

Si ésta es su manera de presentar el misterio de Cristo, ¿qué lugar ocupa en ella María? Inmediatamente nos damos cuenta de que es lógico que quede en el anonimato. En la perspectiva de Pablo, María no se encuentra en la puerta de la revelación del misterio de Cristo (Resurrección) sino, por el contrario, en la de su ocultamiento (*kénosis*). Por eso, María aparece simplemente aludida como la mujer de la que el Señor nace a esa condición carnal, del “linaje de David” (Rm 1,3) y “bajo la Ley” (Gal 4,4), a la condición de esclavo.

Algo parecido ocurre con María en la tradición de Marcos, aunque su presentación del Señor sea muy diferente de la de Pablo. Para Marcos, en la revelación del misterio de Jesús sí que son importantes los acontecimientos de lo que se ha llamado su “vida pública”. Es más, el evangelio de Marcos se limita a ella, pues, como sabemos, empezando con la predicación de Juan Bautista en el desierto, terminaba originalmente con la muerte de Jesús en la cruz y la perplejidad y el miedo de las mujeres ante la

Sólo hago notar que, si nos entregamos a la pedagogía del Nuevo Testamento, el camino resulta ser, más bien, el contrario: “*per filium ad matrem*”, tan clásico, por otras parte, como aquel.

³ Siempre hay que tener en cuenta, como dijo el Concilio, que “el plan de la revelación se realiza por obras y palabras intrínsecamente ligadas” (DV n.2).

⁴ Esto no quiere decir en absoluto que para Pablo no tenga importancia lo que ocurrió en la vida de Cristo antes de su resurrección. Todo lo contrario. Si la resurrección de Jesús es mensaje de salvación es, precisamente, porque “al que no conoció pecado, (Dios) le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él” (2Co 5, 21).

tumba vacía. Marcos contempla y anuncia el misterio del señorío de Jesús partiendo de la manifestación de su filiación divina por la plena posesión del Espíritu en el acontecimiento de su **bautismo** por Juan (Mc 1, 9-11). Por lo tanto, este señorío está ya presente y actuante en su vida terrena, pero es un secreto oculto en su humanidad por esa misma humanidad y sólo es conocido por los espíritus superiores, entre ellos los demonios (Mc 1, 24). Aunque se manifiesta en los milagros y en la autoridad de la palabra de Jesús (Mc 1, 27; 4, 41), esta manifestación es velada, no evidente, y para reconocerla como tal se hace necesaria, imprescindible, **la mirada de la fe**. Caben las revelaciones extraordinarias del misterio oculto en la humanidad de Jesús, como aquella de la que se beneficiaron los discípulos del Tabor (Mc 9, 2-8), pero incluso éstas no sirven de nada sin la fe, porque son momentáneas, transitorias, y tras el retorno a la vida cotidiana, se desvanece su impacto si no se es verdadero creyente, si no se vive de la fe (cf. Mc 14, 32-42). ¿Y quién es el verdadero creyente para Marcos? El que es capaz de “ver” más allá de la realidad humana de Jesús, de captar su filiación divina por encima de su fragilidad. Paradójicamente – y no sin cierta ironía – el verdadero creyente resulta ser un gentil, un centurión, que supo reconocer al “Hijo de Dios” en Jesús, incluso cuando su humanidad mostraba su lado más débil, cuando, condenado y ajusticiado, moría en la cruz (Mc 15,39)⁵. Por eso, Marcos insiste en hacernos ver que los que quedan como atrapados en la consideración de los orígenes humanos de Jesús, tienen dificultades enormes para acceder a la fe. Entre esos “atrapados” destacan sus parientes (Mc 3,21) y sus propios paisanos, para quienes la vecindad de la familia carnal de Jesús, con María como referente principal, hacía difícil que dejaran de considerarlo, simplemente, como “uno de tantos”. El mismo Jesús se maravillaba de su falta de fe (Cf. Mc 6,1-6). Así pues, en Marcos, como en Pablo, María no está, precisamente, abriendo la puerta de la manifestación del misterio de Cristo sino, por el contrario, la de su ocultamiento.⁶

Ahora bien, el misterio del señorío de Jesús no se manifestó sólo en los acontecimientos contemplados en Pablo y Marcos: la **resurrección**, el **bautismo**, la transfiguración, la vida pública. Su filiación divina por la plena posesión del Espíritu también se manifestó en la entraña misma del misterio de la **encarnación**, de su “hacerse carne”. Es lo que Mateo y Lucas nos anuncian con la revelación de su concepción virginal. En sus primeros capítulos, los llamados “evangelios de la infancia”, nos conducen hasta los orígenes mismos de la humanidad de Cristo. Ésta no ha sido primero engendrada y después santificada, no ha recibido el Espíritu *a posteriori* sino que ella misma es fruto del Espíritu⁷. Pero, claro está, no sólo del Espíritu sino del Espíritu y de María. Y así, de la mano de Mateo y Lucas, llegamos a la consideración de María con un relieve distinto al de las otras tradiciones. Puesto que se detienen en la revelación del misterio de Cristo en el acontecimiento de la **encarnación**,

⁵ Sabido es que Marcos hace de su evangelio una continuada e insistente exhortación a la fe (Mc 5, 34.36; 9, 23; 11, 22-23) y una fe desnuda (Mc 8, 11-13). Su comunidad necesita de esa fe en medio de la persecución, cuando se oscurecen todos los signos de la presencia y la acción de Dios. Jesús se lamenta profundamente de la tardanza de los discípulos en acceder a ella (Mc 4, 5; 9, 19).

⁶ De la otra alusión a María en Marcos, en el episodio de la visita de los parientes a Jesús durante su vida pública (Mc 3, 31-35) hablaremos más adelante.

⁷ Poniendo en paralelo a Juan Bautista, engendrado y posteriormente santificado, y a Jesús, engendrado por obra del Espíritu Santo, Lucas nos lo hace ver con claridad. (Cf. en Lc 1 el contraste entre los versículos 15 y 35, así como la posterior santificación de Juan Bautista en el seno de su madre por el saludo de María: v. 44).

María no está sólo en la puerta del ocultamiento de ese misterio sino también en la de su revelación.

Llegados a este punto, echamos la mirada atrás y constatamos que, gracias a que hemos hecho caso a la primera lección que nos ha dado la Palabra de Dios, hemos salido de la perplejidad en la que estábamos, hemos hecho un camino y hemos encontrado finalmente a María. Muy sugerente sería que nos detuviéramos a considerarla con el sentido que tiene su ser puerta de la *kénosis* del Señor, pero tenemos que proseguir el camino en búsqueda de la contemplación de su persona como “primera cristiana”. Y proseguimos, adentrándonos en Lucas.⁸

1.2. La contemplación que Lucas hace de María en el pórtico de su evangelio

Los dos primeros capítulos de Lucas se nos presentan como un prólogo en el que se condensa de forma admirable el anuncio completo del misterio de Cristo, desde su encarnación (Anunciación a María) hasta su resurrección (Jesús, primero perdido y “tres días después” hallado en la casa del Padre), pasando por su muerte (Jesús excluido, que nace en un pesebre porque “no hay sitio para él”) y su revelación a los pobres (los pastores) y a aquellos que lo esperaban contra toda esperanza (Simeón y Ana). Esta especie de “minievanglio condensado” tiene dos protagonistas, el hijo Jesús y el Espíritu, una coprotagonista, la madre María, y un conductor de escena “en la sombra”, el Padre. Sin perder el panorama del conjunto, nosotros vamos a fijar nuestros ojos en María, mirándola con la mirada de Lucas, escrutando la imagen que de ella nos ha dejado el evangelista.

Esta imagen queda perfectamente definida por Isabel: María es “la madre de mi Señor” (Lc 1, 43). No obstante, no vamos a detenernos en este aspecto de María, sin duda fundamental. Otras ponencias se encargan de ello. Nosotros seguimos escrutando por si Lucas nos dice también otras cosas de María.

La primera aparición en escena de María en el evangelio de Lucas, es de personaje principal en tres pasajes encadenados entre sí: el anuncio del ángel (vv. 26-38), la visita a Isabel (vv. 39-45) y la proclamación del magnificat (vv. 46-56). Estos tres pasajes forman como un tríptico⁹. En el primer cuadro del tríptico, María está contemplada como la mujer “llena de gracia”, que acoge al Espíritu con la docilidad y la disponibilidad de una auténtica sierva de Dios. En el segundo, ella es la mujer que sale al encuentro de su pariente, llevando ya en su seno al Hijo, y con su saludo transmite el Espíritu. En el tercero, es la orante que celebra lo que Dios ha operado en ella. Ahora bien, **recibir** el Espíritu para engendrar al Hijo, **llevar consigo** la presencia del Hijo, **comunicar** el Espíritu y **celebrar** lo que Dios hace en ella, ¿no son, precisamente, las

⁸ En este camino que nos va a llevar a descubrir a María como “primera cristiana”, vamos a limitarnos, por razones de espacio, a seguir las indicaciones del evangelio de Lucas. En el fondo, más allá de matices que, por otro lado, resultan muy interesantes, los resultados de nuestra contemplación, serían muy similares si siguiéramos a Mateo o, incluso, a Juan, el otro evangelista de la encarnación, a cuya profunda y singular presentación de María acudiremos más adelante.

⁹ Me gusta contemplar las escenas de los evangelios, particularmente las de la infancia, como si de obras pictóricas se tratara y a ello invito. No en vano han inspirado tanto a los artistas a través de la historia.

tareas que definen la vida de la Iglesia? ¿Cómo no pensar inmediatamente en una especie de paralelismo entre este comienzo del evangelio y el capítulo 2 de los Hechos, segundo libro de Lucas, en donde vemos a la primera comunidad **recibiendo** el Espíritu en Pentecostés (vv. 1-13), **comunicándolo** tras la primera predicación de Pedro (vv. 37-41) y **celebrando** el culto de alabanza a Dios (vv. 46-47)? Está claro que Lucas ha dibujado el tríptico de la anunciación-visitación-magnificat contemplando a María como la que ha vivido anticipadamente en sí misma lo que posteriormente viviría la comunidad cristiana, la Iglesia¹⁰. Dejándonos llevar por la maestría y la profundidad de esta contemplación lucana, descubrimos, pues, otra perspectiva, totalmente nueva, desde la que mirar a María. Ya no la estamos mirando sólo desde la contemplación del misterio de Cristo como “la madre del Señor”. De repente hemos descubierto que, ayudados por Lucas, la estamos mirando también – y esta es la novedad en nuestro camino - desde el misterio que nosotros mismos estamos viviendo en la Iglesia¹¹.

Ahondamos un poco más nuestra mirada y hacemos “contemplación de repetición”. Al volver sobre la anunciación, primer cuadro del tríptico, nos damos cuenta de que viene precedido por un cuadro muy similar en su estructura, la anunciación a Zacarías (vv. 5-25), pero muy distinto en cuanto al colorido y al entorno, tan distinto que parece, incluso, que el pintor haya querido resaltar adrede los contrastes entre uno y otro. Si entramos en esta escena precedente, empezamos a movernos por paisajes, ambientes y personajes que suenan a lo ya conocido: Jerusalén, el Templo, el culto oficial, el pueblo reunido en asamblea orante y expectante, el ángel Gabriel, un sacerdote justo casado con una mujer justa (que no aparece en escena - ¿por ser mujer? – pero está presente por alusiones), matrimonio entrado en años pero estéril, la promesa de un profeta, el signo que avala la palabra dada... Entramos en la escena siguiente, el primer cuadro de nuestro tríptico, y todo es totalmente distinto, novedoso, no visto ni oído hasta el momento: no estamos en Jerusalén sino en Nazaret, lugar totalmente irrelevante (cf. Jn 1, 46); el ángel es el mismo pero el sacerdote anciano (y su mujer estéril) acompañado de una asamblea orante, es sustituido por una joven, que es virgen, sin más compañía humana que su soledad; el Templo ha desaparecido de la escena, dejando su sitio a un lugar cualquiera, no determinado, donde ella (la joven virgen) se encontraba; la promesa ya no es de un profeta sino del que “será llamado Hijo de Dios”... Y así, moviendo nuestra mirada de un cuadro al otro y dejándonos interpelar por las imágenes que vemos y las palabras que escuchamos, vamos descubriendo que Lucas ha querido pintar estas dos escenas como si fueran dos pórticos. La primera es el pórtico por donde se entra a vivir de lo antiguo, de los viejos modos de la relación de Dios con los hombres, que llamamos Antigua Alianza o Antiguo Testamento; la segunda es el pórtico por donde se entra en lo nuevo, en la nueva manera, en la Nueva

¹⁰ Esta perspectiva ha sido una de las claves del Vaticano II y ha inspirado a Juan Pablo II el desarrollo de la *Redemptoris Mater*.

¹¹ Al llegar a este punto de nuestro camino bíblico, estamos en disposición de comprender los dos enfoques de la mariología: el cristotípico y el eclesiotípico. A cada uno de ellos responden los títulos de las dos ponencias anteriores de este Congreso: “María en el misterio de Cristo” y “María, Virgen y Madre, icono del misterio de la Iglesia”. En las discusiones teológicas que se generaron en torno al tratamiento de María en el tiempo del Vaticano II, aparecían como enfoques contrapuestos ya que el “eclesiotipismo” se enarbó como bandera renovadora de la mariología anterior al Concilio que, como se puede deducir de lo que he comentado antes, era claramente cristotípica. La novedad del capítulo VIII de *Lumen gentium* fue, precisamente, sacar a la luz, y rescatar del peligro del olvido, el eclesiotipismo mariano, muy presente tanto en la tradición bíblica como en la patrística, y hacer ver que ambas perspectivas se apoyan mutuamente y, en definitiva, son confluyentes.

Alianza o Nuevo Testamento. Aquí, la economía del Templo, del culto, de las instituciones de la Ley, dejan paso a la economía de la gracia y del Espíritu. Y María aparece inaugurando en la historia de la humanidad esta Nueva Alianza. Lucas la contempla, al mismo tiempo, como quien, **movida por la fe** y sólo por la fe, la sella con Dios en nombre de todos los hombres – como lo hiciera Abrahán en otro tiempo, en nombre de todo el pueblo que de él se generaría - y como su primera beneficiaria¹². A los ojos de Lucas, María es verdaderamente **la primera cristiana**¹³. Presentándola como la presenta, es como si dijera a los cristianos de su comunidad: “Miradla y comprenderéis lo que estáis viviendo vosotros mismos como creyentes”. Quedémonos, pues, contemplando a María bajo esta perspectiva, como auténtico icono de lo que es la vida cristiana y, por lo tanto, como la que nos muestra con su ser y su actuar el misterio que nos habita, a cada uno de nosotros, desde nuestro bautismo.

1.3. Aplicación de esta contemplación a nuestra vida.

La contemplación de María nos hace ver que la vida cristiana es una **corriente de gracia** que circula entre dos polos, Dios y la criatura humana, generada desde Dios por el don del Espíritu, acogida desde la criatura por **la fe**. La GRACIA y la FE colorean todo el tríptico lucano que estamos contemplando, haciéndonos ver que la vida cristiana es un misterio de fe que se apoya en la gracia, un misterio de gracia que actúa la fe.

a) La fe que se apoya en la gracia.

María nos muestra lo que es auténtica fe, la fe teologal, la fe que se apoya en Dios y no en ella. La fe que contemplamos en la joven virgen de la Anunciación (v. 38), la fe por la que resulta bendecida por Isabel (v. 45), la fe de la que participamos los creyentes¹⁴, no es “una opción desde ella”, apoyada en el vacío de la propia libertad de elección. Dicho en otras palabras, María no aparece como una persona que se ha sentado a reflexionar lo que va a hacer con su vida, entregándose a un largo y fatigoso proceso de deliberación personal ante las diversas posibilidades que se le presentan, entre ellas la que le propone Dios por medio del ángel, para - ¡por fin! – “optar” por esta última. María se nos manifiesta como una mujer sorprendida por Dios, conmovida por la irrupción de Dios en su vida. El ángel le ha revelado lo que está pasando entre Dios y ella, lo que está aconteciendo en su vida por iniciativa de Dios: "eres la llena de gracia", "el Señor está contigo"..., y lo que seguirá aconteciendo: “el Espíritu Santo vendrá sobre ti...”. Su reflexión no es sobre las posibilidades que tiene delante y lo que Ella va a hacer con su vida sino sobre “lo que significaba aquel saludo” del ángel (v. 29). Y ante el descubrimiento de la realidad maravillosa de la gracia, del amor con que Dios la ama, la fe de María brota de inmediato, no como fruto de su deliberación personal ni como un gesto de voluntarismo ético, sino como acogida gozosa a la acción de Dios en ella, como un sí confiado en quien lo solicita, radicalmente fiado de Él, por ser Él quien es.

¹² “En la economía salvífica de la revelación divina la fe de Abrahán constituye el comienzo de la Antigua Alianza; la fe de María en la Anunciación da comienzo a la Nueva Alianza” (*Redemptoris Mater*, n. 14; cf. también el n. 27).

¹³ Cf. más adelante los matices y precisiones que debemos aplicar a este apelativo para que sea correctamente atribuido a María.

¹⁴ Cf. *Redemptoris Mater*, n. 27.

b) La gracia que actúa la fe¹⁵.

En la escena de la anunciación vemos también que la iniciativa de Dios no se limita a ser una llamada externa sino que se traduce en una verdadera entrada personal en la vida de María. Se da entre Dios y ella una comunicación íntima, que la mueve desde dentro con el único requerimiento que impulsa sin avasallar, solicita sin dominar y respeta siempre la libertad del otro: el impulso del amor. Cuando esta comunicación encuentra la respuesta de la fe en María, se vuelve interpersonal, tú a tú, y es capaz de transformar radicalmente su propia humanidad porque pasa a ser humanidad asumida directamente por Dios. Y llegamos aquí a al núcleo de la novedad de la Nueva Alianza, de la novedad de la vida cristiana con relación a la del antiguo Pueblo de Dios. En la Antigua Alianza, Dios solicitaba la colaboración del hombre “desde fuera” y apoyaba la acción de sus siervos con su compañía, caminando “junto a” ellos, y, eventualmente, con intervenciones extraordinarias de su poder. Ahora, con María y a partir de ella, acontece algo novedoso e inaudito: Dios entra en la misma humanidad, haciéndola suya¹⁶. Lucas subraya esta novedad con ese paralelismo de contraste al que ya hemos aludido, entre lo acontecido con Zacarías-Isabel y lo acontecido con María. En ambos casos hay una intervención de Dios, pero una cosa es que, atendiendo a la súplica que brota de la debilidad y de la indigencia humanas, Dios haga fecunda la unión conyugal estéril, y otra, muy distinta, que Dios haga madre a una joven virgen, que le ha entregado, en un acto radical de fe, todo el vigor de su capacidad generadora¹⁷. Con la ayuda de Dios, Zacarías hace madre a Isabel; pero es Dios quien hace madre a María. Entrega personal de Dios - virginidad entregada de María, forman el binomio que inaugura la Nueva Alianza, en la que “el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu” (Rm 5,5), de tal modo que Dios y el hombre, gracia y naturaleza, han entrado en comunión íntima.

A medida que vamos profundizando en esta contemplación de María como “la primera cristiana” por estos caminos que hemos abierto, experimentamos que se nos va iluminando con luz más clara lo nuclear del cristianismo. Y aprendemos una lección muy útil para nuestra vida espiritual: todas las descripciones y exhortaciones sobre este núcleo de la vida cristiana en el Nuevo Testamento, se captan mejor y con más profundidad si las

¹⁵ La ambigüedad gramatical de la expresión es querida. Sus dos sentidos posibles son verdaderos: es la gracia la que pone en acto la fe y es la fe la que hace posible que actúe la gracia. En la respuesta de fe de María, dice Juan Pablo II, “estaban contenidas una cooperación perfecta con la gracia de Dios que previene y socorre y una disponibilidad perfecta a la acción del Espíritu Santo, que perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones.” (*Redemptoris Mater*, n. 13)

¹⁶ “En la fe de María, ya en la Anunciación y definitivamente junto a la cruz, se ha vuelto a abrir por parte del hombre aquel *espacio interior* en el cual el eterno Padre puede colmarnos “con toda clase de bendiciones espirituales”: el espacio ‘de la nueva y eterna Alianza’.” (*Redemptoris Mater*, n. 28)

¹⁷ María, siguiendo lo que decía San Agustín, concibió a Jesús en su corazón, por la fe, antes que en su seno. Esta afirmación ha sido recogida implícitamente por el Vaticano II (LG 53) y explícitamente por Juan Pablo II en *Redemptoris Mater*: “Por medio de la fe se confió a Dios sin reservas y se consagró totalmente a sí misma, cual esclava del Señor, a la persona y a la obra de su Hijo. Y este Hijo – como enseñan los Padres – lo ha concebido en la mente antes que en el seno: precisamente por medio de la fe” (n. 13). Se cumple aquí de forma paradigmática lo que decíamos antes (cf. nota 21) a propósito del doble sentido gramatical de la expresión “la gracia que actúa la fe”.

leemos a la luz del misterio de María¹⁸. María se transforma así, para nosotros, en criterio – y, por lo tanto, también en “instancia crítica” - de nuestra propia vivencia cristiana¹⁹. “Entre los creyentes, María es como un “espejo”, donde se reflejan del modo más profundo y claro las ‘maravillas de Dios’ (Act. 2, 11).”²⁰ Por ello, desde un incorrecto planteamiento de la vida cristiana no se soporta la contemplación de María y, por el contrario, una asidua contemplación de María, ayuda a comprender y vivir correctamente la vida cristiana.²¹

2. CONTEMPLACIÓN DE MARÍA COMO DISCÍPULA PREDILECTA

Si ya el título de “primera cristiana” atribuido a María, podía sonar extraño a los oídos de una mariología preconiliar, mucho más extraño resulta el de “discípula”. ¿No es María la madre?: ¿cómo va a ser, al mismo tiempo, madre y discípula? Y, sin

¹⁸ Personalmente, me ha ayudado mucho leer algunas cartas de Pablo, sobre todo Romanos y Gálatas, prescindiendo de los pasajes autobiográficos, como si las hubiera escrito María a la luz de su experiencia íntima.

¹⁹ Karl Rahner lo dejó dicho admirablemente y, como colofón de nuestra contemplación, no me resisto a ofrecer esta larga cita suya: “¿Qué es el cristianismo?... El cristianismo no es algo que el hombre inventa o descubre. Tampoco es la elevación del hombre a Dios por sus propias fuerzas. Y tampoco es, principalmente, un cumplimiento de mandamientos dados por Dios para que los realicemos por nosotros mismos. El cristianismo es la obra del Dios vivo en nosotros: es lo que nos da él, el Dios vivo de la gracia, en el perdón y la redención, en la justificación y en la comunicación de su propia gloria. Pero como lo que Dios nos da no es en definitiva su don creado, sino él mismo, el cristianismo, finalmente, es el mismo Dios eterno que viene al hombre y que actúa en el hombre por su gracia, de manera que éste abre libremente su corazón para que penetre en el pobre corazón de esa pequeña criatura la total, espléndida, infinita vida de Dios trinitario. (...) ¿Qué es el cristianismo perfecto? Ahora es fácil de responder. El cristianismo perfecto debe consistir en que el hombre reciba este don del Dios eterno, que es Dios mismo, con una libertad imbuida de gracia; que lo acoja con cuerpo y alma y con todas las fuerzas de su ser, con todo lo que es y lo que tiene, lo que hace y padece a fin de que esa recepción englobe la totalidad del ser del hombre y toda su historia, para introducirla en la vida eterna de Dios. Cristianismo perfecto debe significar que se adecuan perfectamente profesión y vida personal; lo que sucede a plena luz y en la historia y lo que acontece ocultamente en la profundidad de la conciencia; que se haga patente lo que se realiza en lo más íntimo de la vida cristiana y que, a la vez, lo que se manifiesta en el exterior sea la aparición externa de lo sucedido en lo íntimo del corazón ante Dios. El cristianismo en su forma perfecta debe significar además que ese perfecto cristianismo del cristiano se dedica sin reservas a la salvación de los demás... Si tal es el cristianismo perfecto, podemos y debemos decir: María es la realización concreta del cristianismo perfecto, (...) es realmente la perfecta cristiana; es, en cierta manera, la realización concreta y representativa de la redención en su forma más perfecta... En ella se manifiesta, en cierto modo, el significado de Iglesia, gracia, redención y salvación de Dios” (RAHNER, Karl, *María, Madre del Señor*, Barcelona, Herder, 1967, pp. 42-46)

²⁰ *Redemptoris Mater*, n. 25.

²¹ Este descubrimiento me hizo comprender la razón última del principio que guió la vida y la obra de nuestro Fundador: su convicción sobre el papel imprescindible de María en la lucha contra las herejías y en el restablecimiento de la verdadera fe. “La Iglesia nos dice que todas las herejías han tenido que inclinarse ante la Santísima Virgen, y poco a poco ella las ha reducido al silencio de la nada. Pues bien, la gran herejía reinante en nuestros días es la indiferencia religiosa... (...) Creemos firmemente que ella vencerá esta herejía, como todas las demás, porque ella es hoy, como siempre, la Mujer por excelencia, la Mujer llamada a aplastar la cabeza de la serpiente”. (CHAMINADE, Guillermo José, *Carta a los predicadores de retiro (24 de agosto de 1839)*, en *Escritos marianos*, t. II, nn 73-74)

embargo, sabemos que los títulos de “cristiana” y “discípula” van forzosamente emparentados. “Ser cristiano es ser discípulo de Cristo”, enseñaba el viejo catecismo, y María lo tuvo que ser, lo fue verdaderamente. Pablo VI la llamó “la primera y la más perfecta discípula de Cristo”, razón por la que, decía, siempre ha sido propuesta a la imitación de los fieles²².

Con este título se nos abre una nueva perspectiva desde la que acceder a la contemplación de María. Para entrar por ella, no necesitamos salirnos del camino bíblico que estamos recorriendo porque, si en algo son acordes los evangelios al presentarnos a María, es en mostrárnosla, precisamente, como discípula. Prosigamos, pues, la senda ya emprendida en la contemplación anterior y dejémonos guiar por la Palabra de Dios. Contemplando alternativamente a los discípulos y a María, veamos de qué modo se van definiendo en ella los dos rasgos esenciales que definen al discípulo: la respuesta obediente a la llamada y el seguimiento de Jesús.

2.1. La respuesta obediente a la llamada.

El discípulo de Jesús no lo es por iniciativa propia sino en respuesta a una llamada (cf. Jn 15, 16). Todo empieza por iniciativa del Señor, que es quien llama, y todo sigue si encuentra plena disponibilidad en el llamado. Así ocurrió con los primeros discípulos: él los llamó y, “dejándolo todo”, lo siguieron. También fue así en el caso de María. Podemos considerar el relato de la Anunciación como el de su vocación²³ y su respuesta de fe, de la que ya hemos hablado, como expresión de su entera disponibilidad.

Ahora bien, la llamada del Señor al discípulo conlleva siempre una misión. El Señor llama para algo; llama y envía al mismo tiempo; vocación y misión son inseparables. Lo fueron en el Antiguo Testamento y también lo son en el Nuevo: “venid conmigo y *os haré pescadores de hombres*” (Mc 1, 17 y par.). La respuesta de total disponibilidad por parte del discípulo, lleva implícita, por consiguiente, la obediencia a esa misión. Su sí no es sólo un sí al Señor que llama sino también un sí a aquello para lo que llama. Pero ocurre que el discípulo, cuando, “dejándolo todo”, se pone en camino, no conoce en realidad aquello a lo que el Señor llama. ¿Qué es eso de “pescar hombres”? Puede imaginárselo a su manera, según sus propios criterios o expectativas, pero no sabe lo que es. Y eso, ¿por qué? Pues sencillamente, porque no conoce a Jesús todavía ni a dónde le conduce ese seguimiento ni, por lo tanto, qué es eso del Reino... Lo irá descubriendo poco a poco, guiado por un Jesús que se preocupa de instruirle. Él es el Maestro. El discípulo es, por definición, un “aprendiz”. Por eso, en el evangelio, el seguimiento precede a la misión. “Venid conmigo” está en presente; “os haré pescadores de hombres”, en futuro. Marcos expresa muy bien los dos momentos: “instituyó doce para que *estuvieran con él y para enviarlos a predicar*” (Mc 3, 14). Así

²² *Marialis cultus*, n. 35. Como veremos más adelante, también Juan Pablo II le da este título en *Redemptoris Mater* (cf. n. 20).

²³ En su estructura, este pasaje no se parece a los relatos de la llamada de Jesús a los discípulos pero es muy similar a otros relatos de vocación en el Antiguo Testamento. Con todo, tiene su peculiaridad propia que le hace difícilmente clasificable. Cuando recorremos la enorme colección de comentarios exegéticos que se han escrito sobre él, vemos que, según su género literario, algunos lo clasifican también entre los relatos de anuncio de un nacimiento y otros, incluso, entre los de alianza.

pues, al discípulo no le basta con el sí inicial a la llamada; necesita también un sí-obediencia continuado y renovado constantemente, con entera fidelidad, en el seguimiento del Señor. Sólo así llegará finalmente a descubrir y aceptar aquella misión implícita en su vocación. Se trata, por lo tanto, de un sí en camino, de una fe-obediencia “en peregrinación”.

De la contemplación del discípulo, pasamos ahora a la de María. A primera vista, si proyectamos sobre la figura que tenemos de María estas consideraciones en torno al discipulado, no nos encajan en ella. Nos parece que la fe y la misión de María se manifiestan de modo pleno desde el momento en que ella pronuncia su *fiat* a Dios ante el ángel y no necesitan de ningún proceso de desarrollo. ¿No era su misión ser madre y no se realiza, acaso, plenamente desde el primer momento de su sí, modelo y paradigma de todos los síes que puedan darse a Dios? Además, los discípulos no sabían quién era Jesús cuando empezaron a caminar tras él pero María sí lo sabía. No vemos que la fe de María tenga necesidad de ningún proceso de “aprendizaje”, no nos encaja en la imagen de María ese carácter de “ignorante” con el que se nos presenta el discípulo de Jesús en el Nuevo Testamento.

Sin embargo, si de la mano del mismo Lucas, salimos del tríptico mariano en el que hemos detenido nuestra contemplación hasta ahora, y continuamos contemplando los cuadros que siguen en la galería que él nos ha pintado como pórtico de se evangelio, las cosas cambian. En ellos vemos a una María en camino: de Nazaret a Belén, de Belén al Templo de Jerusalén, del Templo de Jerusalén a Nazaret, de Nazaret, de nuevo, al Templo, ida y vuelta... Ahora bien, no es ella quien traza la ruta. En ese camino y en los acontecimientos que lo jalonan, ella no es la protagonista. Dejó de serlo desde que salimos del tríptico de la Anunciación-Visitación-Magnificat. El protagonista, desde aquel momento, es el Hijo. El camino es el del Hijo. Él va recorriéndolo en obediencia al Padre, que, como decíamos, es el “conductor en la sombra”. María lo recorre también, pero detrás del Hijo, en su seguimiento, y, por lo tanto, como auténtica discípula, “aprendiz” de lo que ese seguimiento le va revelando. Lucas dibuja admirablemente el “aprendizaje” de María como discípula cuando la presenta “sorpresa” (2, 48), “admirada” (2, 33) o perpleja (2, 50) ante lo que iba aconteciendo, incluso dejándose reprochar por el Hijo su ignorancia (Lc 2, 49), “guardándolo todo en su corazón” (2, 19.51). Al mostrarla así, se está dirigiendo a los cristianos de su comunidad para decirles esta vez: “Miradla y comprenderéis lo que estáis viviendo vosotros mismos como discípulos. Ella nos ha precedido en el camino del seguimiento de Jesús hasta llegar a la misma experiencia pascual, la de su abajamiento total (Nacimiento en Belén) y posterior recuperación ‘en la casa del Padre’.” Si María es, pues, discípula, su fe-obediencia es una fe-obediencia en camino, en proceso de ahondamiento y desarrollo; su misión, su lugar en el plan de Dios, su puesto en el Reino, algo que irá descubriendo al filo de ese proceso. Sí, María tiene que aprender quién es su Hijo y, con él, quién es en definitiva ella en el plan de Dios.

En efecto, el conocimiento singular de Jesús como Hijo de Dios, al que accedió desde su *fiat* inicial por medio de la vivencia de su propia maternidad no era un conocimiento pleno, no le eximió de la necesidad de mirarlo con los ojos de la fe. A pesar de su experiencia, espiritual y física, de la acción del Espíritu en el origen mismo de la humanidad de Jesús, el misterio escondido en esa humanidad y que el Padre quería revelar a través de ella, sólo le era accesible por la fe. Jesús, en cuanto hombre, le estuvo confiado en su gestación y desarrollo, pero el misterio que el Padre quería

revelar a través de aquél que ella había engendrado y criado, le estaba humanamente velado; lo tuvo que ir descubriendo por la fe, al filo de los acontecimientos de la vida de Jesús. Comentando los pasajes del evangelio de Lucas a los que antes hemos aludido, Juan Pablo II dice: “No es difícil, pues, notar en este inicio *una particular fatiga del corazón*, unida a una especie de “noche de la fe” – usando una expresión de San Juan de la Cruz -, como un “velo” a través del cual hay que acercarse al Invisible y vivir en intimidad con el misterio. (...) Jesús tenía conciencia de que ‘nadie conoce bien al Hijo sino el Padre’ (cf. Mt 11, 27), tanto que aun aquella a la cual había sido revelado más profundamente el misterio de su filiación divina, su madre, vivía en la intimidad con este misterio sólo por medio de la fe. Hallándose al lado del Hijo bajo un mismo techo y manteniendo fielmente la unión con su Hijo, ‘avanzaba en la peregrinación de la fe’, como subraya el Concilio.”²⁴ Ese “avanzar en la peregrinación de la fe” supone, por lo tanto, que la fe que María vive y expresa en la Anunciación no es el culmen sino “el punto de partida de donde inicia todo su camino hacia Dios”²⁵. ¿Cómo hará ese camino? Ya nos lo ha hecho ver Lucas: como todo discípulo, siguiendo a Jesús.

2.2. El seguimiento de Jesús.

Hemos visto que el seguimiento de Jesús por parte del discípulo es, en definitiva, un proceso de “aprendizaje”, de formación. A través del desarrollo de los acontecimientos de su vida, Jesús va desvelándose a sí mismo a los que le siguen, desvelando así lo que es la venida del Reino y, por consiguiente, la misión a la que son llamados. Hablar, pues, del seguimiento de Jesús por parte de María es contemplarla conducida por la mano pedagógica del Hijo²⁶, ahora el Maestro, hasta llevarla a descubrir lo que realmente eran, en los planes de Dios, aquel trono y aquel reinado sin fin que el ángel le había prometido para él²⁷, y con ese descubrimiento, acabar comprendiendo a qué misión le había llamado, en definitiva, el Padre, con aquel mensaje del ángel en la Anunciación²⁸.

²⁴ *Redemptoris Mater*, n. 17. (Cf. LG n. 58)

²⁵ *Id.*, n. 14.

²⁶ Es en este sentido, y no en el que tiene en los Doce o en el resto de los discípulos que “siguieron a Jesús” durante su vida pública, como podemos hablar del “seguimiento” de Jesús por parte de María. María no aparece en los evangelios formando parte de este grupo de seguidores.

²⁷ “Crear quiere decir abandonarse en la verdad misma de la palabra de Dios viviente, sabiendo y reconociendo humildemente ‘¡cuán insondables son sus designios e inescrutables sus caminos!’ María, que por la eterna voluntad del Altísimo, se ha encontrado, puede decirse, en el centro mismo de aquellos ‘inescrutables caminos’ y de los ‘insondables designios’ de Dios, se conforma a ellos en la penumbra de la fe, aceptando plenamente y con corazón abierto todo lo que está dispuesto en el designio divino. María, cuando en la Anunciación siente hablar del Hijo del que será madre y al que pondrá por nombre ‘Jesús’ (Salvador), llega a conocer también que a él mismo ‘el Señor Dios le dará el trono de David, su padre’ y que ‘reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin’. En esta dirección se encaminaba la esperanza de todo el pueblo de Israel... María ha crecido en medio de esta expectativa de su pueblo... Aunque por medio de la fe se haya sentido en aquel instante Madre del ‘Mesías-rey’, sin embargo responde: ‘He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra’. Desde el primer momento, María profesa sobre todo la obediencia de la fe, abandonándose al significado que a las palabras de la Anunciación daba aquél del cual provenían: Dios mismo.” (*Redemptoris Mater*, nn. 14-15)

²⁸ “A medida que se esclarecía ante sus ojos y ante su espíritu la misión del Hijo, ella misma como Madre se abría cada vez más a aquella ‘novedad’ de la maternidad, que debía constituir su ‘papel’ junto al Hijo... María madre se convertía así, en cierto sentido, en la primera ‘discípula’ de su Hijo, la primera a la cual

El primer y gran paso que María tuvo que dar en el seguimiento de Jesús fue, justamente, el de pasar de madre a discípula, de una relación madre-hijo “según la carne” a una relación creyente-Señor según la fe. Aunque María sea la madre, la vida de Jesús está conducida por el Padre. Ella es la madre carnal de Jesús pero Jesús no se comporta “según la carne”. Jesús no recibe de ella su misión, sino del Padre. Aquello que Jesús hace no está dictado por el hecho de ser el hijo de María sino porque es el Hijo del Padre. Y si Jesús no se conduce movido por su relación filial con María, tampoco ella podrá seguirlo y descubrirlo guiada por su instinto maternal sino, como una discípula, por la fe. Ya en una ocasión se le despistó en el camino, lo buscó como madre, y como madre le reprochó que le hubiera hecho aquello, pero la respuesta de Jesús fue otro reproche: “¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?” (cf. Lc 41-50). En el fondo, es como si les estuviera diciendo: “Os queda mucho por descubrir de las cosas del Padre. Ha llegado el momento de que dejéis de buscarme como padres, me sigáis como discípulos, y yo os las mostraré”.

Todos los que son padres o madres, cuando leen esta respuesta de Jesús en el evangelio la ven ofensiva y se indignan: “¿Es ésta la manera de “honrar padre y madre” que corresponde a un buen hijo después del “disgusto” que les ha causado?” Quizás se indignara también María y se sintiera ofendida en su maternidad, tan preciada y tan sagrada para ella, pues no en vano era regalo del mismo Dios. Pero no lo sabemos porque el evangelio no dice nada de su reacción inmediata. Sólo sabemos que, tanto ella como José, “no entendieron la respuesta” (v. 50). Hasta ahí, pues, como cualquier madre. Pero estamos seguros de que, más allá del dolor que estas palabras de Jesús le produjeran, “las meditaría en su corazón” hasta descubrir lo que con ellas le estaba pidiendo subliminalmente el Hijo: que en la relación con él, diera el paso de la relación de autoridad madre-hijo, legítima según el orden natural, a la relación discípula-Señor, que es la que corresponde en el orden de la fe. No entendió pero obedeció, dando un paso más en el camino de su fe-obediencia, por fe, por la fe inquebrantable en que ese hijo es el Señor.

El mensaje de fondo de este episodio evangélico de la pérdida y el reencuentro de Jesús en el Templo, que con tanta claridad nos revela la profunda ruptura, el gran salto de fe al que Jesús condujo a María, tiene un paralelismo casi perfecto con el mensaje de otro episodio, el de la búsqueda de Jesús por parte de sus parientes, entre los que se encuentra María, durante la vida pública. Lo narra Marcos y, con él, Mateo y Lucas, aunque con interesantes retoques propios, que no viene al caso considerar ahora. Recordemos lo que nos dice Marcos: Jesús acaba de elegir a los Doce (3, 13-19) y está con ellos “en casa”, asediado por una muchedumbre, que no les deja ni comer (3, 20). Sus parientes, al enterarse de todo esto, lo toman por loco y van a “hacerse cargo de él” (3, 21). Los escribas le acusan de estar poseído (3, 22). Él llama a estos últimos para replicarles, haciéndoles ver lo absurdo de su acusación y advirtiéndoles del pecado imperdonable que es “la blasfemia contra el Espíritu” (3, 23-30). A continuación, “llegan su madre y sus hermanos, y quedándose fuera (*el detalle es digno de tenerse en cuenta*), le envían a llamar. Estaba mucha gente sentada a su alrededor. Le dicen: ‘¡Oye!, tu madre y tus hermanos están fuera (*otra vez se subraya este hecho*) y te

parecía decir ‘sígueme’, antes incluso de dirigir esa llamada a los apóstoles o a cualquier otra persona. (*Redemptoris Mater*, n. 20)

buscan'. Él les responde: '¿Quién es mi madre y mis hermanos?' Y mirando en torno a los que estaban sentados en corro, a su alrededor, dice: 'Estos son mi madre y mis hermanos. Quien cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre'." (3, 31-35)

Hay muchos elementos de esta narración que nos hacen pensar en el paralelismo con el episodio de la pérdida y reencuentro de Jesús en el Templo. En ambos episodios: 1º Jesús no se encuentra con su familia carnal sino en otra "casa"; 2º se produce una búsqueda del él por parte de su madre y, en este caso, sus hermanos. Lo novedoso de este nuevo episodio con relación a aquél, es que la "casa del Padre" es aquí "la casa" de la nueva familia de Jesús, que son los discípulos, aquellos que le siguen y están unidos a él porque, como creyentes, buscan y cumplen la voluntad de Dios. No obstante, el mensaje es el mismo. La verdadera relación con Jesús no es la que viene de la carne y de la sangre sino de la fe. La relación desde el ascendiente que da el parentesco carnal invierte los términos ya que es una relación de dominio. Sus parientes llegan para llevárselo, para "hacerse cargo de él" (v. 21), y "lo mandan llamar" (v. 31). Efectivamente, buscar así a Jesús es "quedarse fuera". Si quieren "estar dentro", tienen que invertir la relación: dejarse llamar por Jesús, permitir que Jesús se haga cargo de ellos, que sea él quien los lleve. Tienen que dar el salto al discipulado, a seguirle como el Maestro que, a través de la comunión con él en los acontecimientos de su vida, conduce al conocimiento de la voluntad de Dios, de sus designios. Sorprendente y asombroso, pero verdaderamente luminoso el sentido profundo de este episodio: María y los hermanos de Jesús son llamados por él al discipulado. Ahora empezamos a comprender con luz nueva y a admirar profundamente la fe de María. Ahora, esa fe de María, que estábamos tentados de creer ya plenamente manifestada en la Anunciación, empieza a manifestarse como una fe en camino y empieza a engrandecerse a nuestros ojos, al tiempo que la comprendemos más cercana porque nos sentimos en sintonía con su experiencia desde la nuestra. Ahora la vemos como discípula con nosotros, discípulos.

Pero no hemos hecho más que empezar. Si bien estos pasajes de los sinópticos nos han abierto el camino a la contemplación de María como discípula, es Juan quien nos conduce hasta el final de ese camino. Los sinópticos nos han mostrado lo que podríamos llamar "el punto de partida", la puerta que María tuvo que atravesar - y por su fe-obediencia atravesó - para pasar de madre a discípula y, de esta manera, entrar por el camino del seguimiento de Jesús. Pero es Juan quien nos lleva hasta el punto de llegada al que Jesús la condujo. Allí nos la muestra, al final del camino, para que podamos contemplarla en la plenitud de su fe-obediencia y de su misión, para que, por fin, descubramos quién es y cuál es su función en el plan salvífico de Dios. El momento es solemne. Ha llegado la hora en la que Jesús pasa integral y definitivamente al Padre (Jn 13, 1), la hora de la manifestación plena del señorío de Jesús, la hora del Reino. El "paso" se produce en la cruz²⁹. "El Verbo se había hecho carne" para "habitar entre nosotros" (Jn 1, 14) como uno de nosotros. Ahora, deja este mundo, y, muriendo, queda abandonado todo él en las manos del Padre. Hasta ese momento final, en el que muere sacrificada su humanidad, ha conducido tras de sí a su madre, de quien la había recibido. Ella lo había engendrado, le había abierto la puerta de la encarnación.

²⁹ Sabido es que, para Juan, la cruz, lugar del "paso al Padre", es el trono del Reino (Jn 19, 17-22). Desde él, la humanidad de Jesús, llegada a su consumación, "entrega el espíritu" (Jn 19, 30) y se abre en fuente de vida, de la que mana la sangre y el agua (Jn 19, 34) de la vida eterna (cf. Jn 4, 13-14; 6, 53-58).

Discípula obediente y fiel, se ha dejado conducir por él y “está allí, junto a la cruz” (Jn 19, 25). Y allí, acompañando al hijo en su muerte, consume el desprendimiento de su relación maternal “según la carne”. Ya no cabe aproximarse al Hijo desde ahí. El Hijo, el signo de Dios en su vida, lo que Dios mismo había hecho en ella y con ella, muere. Sólo queda la fe, el silencio de la fe pura y desnuda, una fe que ahora se manifiesta ya total, plena, totalmente identificada con la voluntad del Padre; una fe que, por ello, pasará a ser paradigmática para todo creyente, como lo fue la fe de Abrahán, dispuesto a sacrificar al hijo de la promesa, que Dios mismo le había dado (Gn 22, 1-19).

Conduciéndola hasta esa fe, podemos decir que Jesús ha culminado en ella su obra y ha logrado lo que no había logrado con ninguno de sus discípulos: la plena comunión con él. Con María, y sólo con María, pudo llegar a decir “con un solo corazón y una sola alma”: “Padre, no se haga mi voluntad sino la tuya”. Los demás discípulos no fueron capaces de llegar hasta ese punto en aquella “hora”. Llegado el momento culminante huyeron, se dispersaron y no estaban “junto a la cruz”. Desde la cruz, Jesús piensa en ellos. ¡Cuánto camino les queda aún por recorrer como discípulos en el camino de la fe!, pues no los ve allí. ¿Quién les enseñará a abrirse por la fe al Espíritu que él va a expirar desde la cruz (Jn 19, 30) y que les seguirá conduciendo en su camino (Jn 16, 12-15)? Allí no están ahora sus discípulos. Allí sólo “ve” a su madre. Pero, de pronto, “ve” también “junto a ella al discípulo a quien ama” (Jn 19, 26)³⁰. Entonces, “dice a su madre: ‘Mujer, ahí tienes a tu hijo’. Luego dice al discípulo: ‘Ahí tienes a tu madre’. Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa.”³¹ (Jn 19, 26-27). Al culminar el camino de seguimiento de Jesús, María no sólo culmina su “peregrinación de la fe” sino que descubre y recibe de labios del Señor el sentido último de la misión maternal a la que el Padre le había llamado y ella se había entregado desde el principio. Con este cuadro magnífico, cumbre de la contemplación de María en el Nuevo Testamento, hemos llegado también a la cumbre de su contemplación hasta descubrirla como “la madre del discípulo a quien Jesús ama”.³²

En realidad, hemos llegado ya al final de nuestro camino en la contemplación de María como discípula, pero ya que estamos aquí, no nos vayamos sin contemplarla en “en acción” en esa misión que el Hijo le ha revelado y ella ha abrazado. Para ello, Juan

³⁰ Siempre me ha parecido que la iconografía, colocando a María y a Juan a ambos lados de la cruz, traiciona un poco el cuadro que describe Juan con mucho cuidado. El evangelista nos da la lista de los que “estaban junto a la cruz” en el v.25. En esa lista, encabezada por “la madre de Jesús”, sólo hay mujeres: ningún discípulo. Está claro que el narrador “no ve” al discípulo amado junto a la cruz. Su entrada en escena se produce cuando nos dice que Jesús lo “ve” “junto a su madre”. Estos detalles son profundamente significativos. El iconógrafo con su simetría geométrica, mata la asimetría de presencias (“junto a la cruz”, “junto a su madre”) que tan magistralmente nos hace ver el texto evangélico.

³¹ Los exégetas comentan que la expresión griega que traducimos por “la acogió en su casa” no tiene el sentido de dar cobijo hospitalario sino que quiere decir, más bien, que la acogió como algo verdaderamente suyo. Es la acogida de un don, de un verdadero regalo del Reino, que, desde el “trono”, el mismo Jesús otorga al discípulo.

³² Si antes hemos aludido al episodio del sacrificio de Isaac para poner en paralelo la fe de Abrahán y de la de María, podemos ahora volver a aquel mismo episodio para captar otro paralelismo, esta vez de contraste. Dios devolvió a Abrahán el hijo ofrecido por fe, y el hijo se convertiría en la semilla del “linaje de Abrahán”. Dios “se tomó”, sin embargo, el Hijo que María también le ofreció por fe, transformó su humanidad entregada en fuente y alimento de vida eterna, y “se lo devolvió”, así transformado, en una multitud de hermanos: los que por la fe acogen la vida que brota de su nueva humanidad. “Esa ‘nueva maternidad de María’, engendrada por la fe, es fruto del ‘nuevo’ amor que maduró en ella definitivamente junto a la cruz, por medio de su participación en el amor redentor del Hijo” (*Redemptoris Mater*, n. 23)

nos invita a contemplarla en otro cuadro magnífico: el signo de las bodas de Caná (Jn 2, 1-12). Puede que a alguno le resulte extraño que “retrocedamos” en el orden en que aparece el cuarto evangelio, pero es lo que hay que hacer. En cierto modo, el evangelio de Juan es un evangelio que hay que leer al revés, de atrás hacia delante. En sus doce primeros capítulos, el Jesús que habla y actúa es más el Señor resucitado que el Jesús de Nazaret. Sus milagros, pocos y muy bien escogidos, son contemplados como “signos” de los nuevos tiempos, abiertos por la Pascua del Señor. Y entre ellos, mejor dicho, “el primero de ellos”, como el mismo evangelista subraya, encontramos el “signo” de las bodas de Caná.

Acontecido “al tercer día” (v. 1), una vez concluido el tiempo de la constitución del grupo de los discípulos (Jn 1, 35-51), es signo, de lo que acontecería aquel otro “tercer día”, en el que comenzaría el tiempo de la Iglesia. El cuadro que pinta Juan es un díptico. En realidad son dos cuadros pegados. El primero es patético: se nos presenta una boda en la que estaba “la madre de Jesús” (v. 1); Jesús y sus discípulos aparecen como invitados (v.2); la boda cae en un profundo fracaso: falta el vino, no porque no lo haya habido nunca sino porque “se ha acabado” (v. 2); la cosa sólo parece inquietar a “la madre de Jesús”, única persona que habla de esto, comunicándoselo a su hijo: “No tienen vino” (v. 3); Jesús le responde: “¿Qué hay entre tú y yo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora” (v 4). La escena es triste y acaba en expectación de esa “hora” que todavía no ha llegado.

El segundo cuadro, literalmente pegado al primero, es muy distinto: luminoso, sorprendente. Se trata de la misma boda pero ahora todo es distinto: el agua vertida en unas tinajas, que estaban allí para la purificación ritual, se convierte en vino de fiesta; la boda frustrada, en la que al novio se le había acabado el vino sin que se diera cuenta, se transforma en auténtica boda porque ha llegado otro “novio”, el verdadero (cf. Jn 3, 28-30), que es capaz de proporcionar sobreabundantemente el mejor vino; nadie lo conocía como tal, pero su madre lo ha señalado con el dedo “a los sirvientes” y les ha dicho: “haced lo que él os diga” (2, 5); guiados por esta indicación, le han obedecido, han cumplido plenamente, “hasta arriba”, su palabra y lo han descubierto; por la fe-obediencia que la madre ha provocado en ellos, ha sido posible el milagro y ellos se han convertido en testigos, no sólo del prodigio sino de aquél cuya palabra obedecida lo causa; los demás lo ignoran pero ellos sí saben **de dónde** sale aquel vino que sorprende a los comensales: “es el Señor”, como diría el discípulo amado cuando aquel gesto de obediencia pura al “desconocido” que les mandaba desde la orilla del lago, transformó la pesca estéril en fecunda, con fecundidad sobreabundante (Jn 21, 4-7). Está claro: **ya ha llegado la “hora”** misteriosa con cuya expectación se cerraba el primer cuadro. Y el resultado de todo ello es la fe en Jesús. La fe-obediencia conduce a la fe-reconocimiento. “Y así, en Caná de Galilea dio comienzo Jesús a sus señales y **creyeron en él sus discípulos**”, concluye el evangelista (v. 11).

En los dos cuadros, María juega un papel importante. Si seguimos paso a paso, con detenimiento, sus movimientos y sus palabras, nos damos cuenta de que, a través de ellos, de forma magistral, el evangelista nos conduce a la comprensión tanto del sentido de la misión maternal de cara al discípulo, que ella recibió en la cruz, como el camino de fe que ella misma siguió hasta llegar ahí. En el primer cuadro, cuando Jesús y sus discípulos llegan, estaba ya en la boda, signo evidente de un Israel que se ha tornado estéril, como el Zacarías de Lucas. Partícipe de su frustración y consciente de ella, presenta a Jesús su penuria. La respuesta de Jesús es del género de aquellas respuestas

ya oídas en otros pasajes de los sinópticos, y encierra este mensaje: “Mi misión no viene convocada ni conducida por la relación madre-hijo que nos une: ‘la hora’ la marca el Padre.”³³ La intención es la misma: invitar a María a que dé aquel salto del que ya hemos hablado, de su relación de madre a una relación de discípula.

En el segundo cuadro, ya ha llegado “la hora”; estamos en ella. Y María entra en escena enseguida. Pero es una María ya de vuelta de la experiencia de “la hora” al pie de la cruz. Con su indicación a los sirvientes: “Haced lo que él os diga”, se nos presenta como la que ha llegado a la culminación del camino de su discipulado y se ha transformado en la madre del discípulo. Esta orden lleva implícitos, a un tiempo, tanto su reconocimiento de Jesús como Señor como el cumplimiento de su función de cara al discípulo: mostrarle a Jesús y conducirlo a la fe-obediencia³⁴. Concluido el episodio, María y los parientes de Jesús, aparece integrada en el grupo de los discípulos: “Después bajó a Cafarnaúm con su madre y sus hermanos y sus discípulos (“el discípulo la acogió en su casa”), pero no se quedaron allí mucho tiempo” (v. 12). Había que evangelizar el mundo entero.

Al concluir esta contemplación, nos damos cuenta de que la intención de este cuadro de Juan no está lejos de la de Lucas cuando éste nos ofrecía juntos y en contraste los dos relatos de anuncio a Zacarías y a María, respectivamente. Pero Juan, magistralmente, salta en su díptico directamente del Antiguo Testamento al tiempo de la Iglesia. Y para que comprendamos qué ha pasado entre los dos, nos señala con el dedo “la hora” y nos muestra a una persona, María, que ha hecho todo ese largo recorrido, ese largo camino de fe hasta convertirse en provocadora de la misma, en definitiva, en madre del verdadero discípulo, el “sirviente” de la Palabra por la fe-obediencia.

3. CONCLUSIONES DE CARA A LA VIDA ESPIRITUAL, LA EVANGELIZACIÓN Y LA PASTORAL

3.1. María “a este lado” de la vida cristiana.

La contemplación de María como “primera cristiana” y como “discípula”, nos ha proporcionado una imagen de ella más cercana a nosotros, a lo que es nuestra propia experiencia de creyentes. “A este lado” de la vida cristiana, María se nos hace maestra, compañera de camino y espejo en el que contemplarnos y comprendernos.

³³ San Agustín, comentando este versículo dice: “Su madre le pide un milagro, pero él hace como que desconoce las humanas entrañas cuando va a obrar obras divinas, como si dijera: lo que en mi ser obra milagros, no lo engendraste tú; tú no engendraste mi divinidad; pero como engendraste mi debilidad te reconoceré entonces, cuando mi debilidad esté pendiente de la cruz. Este es el sentido de las palabras “todavía no ha llegado mi hora”... La reconoce en el momento en que iba a morir lo que ella dio a luz. No muere lo que dio a María el ser sino lo que fue hecho de María. No muere la eternidad de la divinidad, sino la debilidad de la carne.” (*Tract. in Johannem*, VIII, 9)

³⁴ Algunos exégetas interpretan la relación entre María y el “discípulo amado” al revés: en la cruz, María, que representa al Israel expectante, es entregada al cuidado del “discípulo amado”, que es el auténtico creyente del Nuevo Testamento, el que ya conoce los secretos de Jesús y es su auténtico testigo. Esta interpretación, que ve al discípulo como “educador” de la madre, se fundamenta en la María que aparece en lo que hemos llamado primer cuadro del díptico de Caná y en que es el discípulo quien acoge a María y no al revés, en el relato de la cruz. Sin embargo, prefiero la interpretación que ve en María a la “educadora” del creyente: encaja mejor con la función de “madre” que Jesús le confiere y explica el papel que ella ejerce en el segundo cuadro del díptico de Caná como precursora de la fe de los discípulos.

Fue el Vaticano II quien impulsó con fuerza esta perspectiva de acercamiento a la figura de María, al presentarla como “miembro excelentísimo y enteramente singular de la Iglesia”³⁵, como la que “precede con su luz al peregrinante Pueblo de Dios”³⁶. Se ha dicho con acierto que, con el Vaticano II, “se ha pasado de una ‘mariología de privilegio’ a una ‘mariología de anticipación’³⁷, abriendo el camino a una contemplación de María como la que ha recorrido el camino de la vida cristiana de forma anticipada, como la que “ha ido por delante”. Esta manera de contemplar a María, que ha sido la de esta ponencia, es muy fecunda y sugerente, pero no debe hacernos olvidar que no agota la consideración del papel de María en la Historia de la Salvación. En ésta, María no es sólo “ejemplo precursor”. Tiene un puesto singular y único en la entraña misma de los acontecimientos que generan esta Historia de la Salvación. Dicho de otro modo: si es “primera cristiana”, no lo es al mismo título que el resto de los creyentes porque, como ya dijimos antes, no es sólo beneficiaria de la Nueva Alianza sino copartícipe en su generación; si es “discípula”, no lo es al mismo título que el resto de los discípulos porque su fe en Cristo antecede al misterio mismo de la Encarnación y lo hace posible, aunque esa fe, como hemos visto, sea también una fe “en peregrinación”. María no es para nosotros una “testigo” más del Evangelio, como Pedro o Juan o cualquiera de los Doce, por ejemplo. No está sólo “a este lado” de la vida cristiana. María tiene un puesto singular en la generación misma de esa vida y la mariología no puede olvidarlo³⁸.

3.2. A María, ida y vuelta.

Llegados al final de nuestra contemplación de María, hechas estas salvedades que nos ayudan a situar la perspectiva que hemos adoptado con relación a lo que debe ser una consideración global de su figura, es bueno que reflexionemos sobre el camino recorrido y saquemos algunas conclusiones que puedan servirnos para nuestra vida espiritual y nuestra misión evangelizadora. Hemos ido en busca de María hasta encontrarla: ¿qué hemos aprendido del “viaje de ida”?; volvemos de contemplarla: ¿qué nos ha dicho esta contemplación?

Creo que el camino de aproximación a María que hemos seguido, nos deja dos lecciones importantes. La primera es que sólo se accede a la comprensión de quién es ella en la Historia de la Salvación cuando no se le busca en sí misma sino en relación con lo que ha acontecido con Cristo, desde la encarnación hasta el nacimiento de la Iglesia en Pentecostés. A María nos la encontramos cuando profundizamos en lo que ha ocurrido entre Dios y el hombre desde el momento que, “llegada la plenitud de los tiempos”, aparece el Verbo encarnado, desde el momento que se inaugura lo que

³⁵ LG n. 53.

³⁶ LG n. 68.

³⁷ Esta expresión se la leí al P. Joaquín LOSADA en su artículo: *María y la Santísima Trinidad en la Teología actual*, en: AAVV, *María y la Santísima Trinidad*, Salamanca, Secretariado Trinitario, 1986, pp. 183-201.

³⁸ A las precisiones de este párrafo aludíamos en la nota 22, cuando decíamos que el tratamiento de María como “primera cristiana”, completamente legítimo, requería algunas cautelas para ser entendido correctamente.

llamamos “Nueva Alianza”. Por lo tanto, el acceso a María como “un apartado” más del mensaje cristiano, no nos lleva a ninguna parte. La Buena Noticia que vivimos y anunciamos no es sobre el Padre, el Hijo, el Espíritu, la Iglesia, el hombre, la gracia... y “además” María. Pablo VI lo hizo ver admirablemente al insistir en que la veneración y la devoción a María deben inscribirse en la celebración del misterio cristiano y no constituir un “además”³⁹.

La segunda lección de este camino “de ida” hacia María, es la necesidad de hacerlo guiados por la Palabra de Dios. Si el acceso a María no es bíblico, corre el peligro de generar una imagen distorsionada de ella, tanto por exceso como por defecto, fruto de extrapolaciones y proyecciones psicológicas o sociológicas. Sólo el camino bíblico nos conduce hasta María inserta en el plan de Dios y nos permite contemplarla como verdadero “lugar de revelación” de este plan, apartándonos de maximalismos y minimalismos en la consideración de su persona. De ella han hablado y hablarán “todas las generaciones”, pero no por ella misma sino “porque el Poderoso ha hecho obras grandes” en ella y por ella. Y esas “obras grandes” se nos desvelan, precisamente, a la luz de la Palabra de Dios y no de nuestras elucubraciones humanas.

De vuelta de la contemplación de María que hemos hecho aquí, venimos con dos imágenes tuyas, la de “primera cristiana” y la de “discípula predilecta”, bien dibujadas por los evangelistas, que, traídas a nuestro modo de vivir y anunciar la vida cristiana, nos provocan importantes interrogantes. La imagen del cristianismo que vivimos y tratamos de dibujar en aquellos a los que lo anunciamos, ¿está impregnada realmente de la luz y del gozo de la gracia de Dios? ¿Vivimos y anunciamos realmente ese extraordinario misterio de comunión de Dios con lo humano, que llamamos “gracia”? ¿Sabemos nuestros catecúmenos qué es eso? ¿Les suena, al menos, esa palabra? ¿No proyectamos, quizás, una imagen voluntarista de la fe y un contenido legalista del evangelio? Mi impresión es que nuestra vida y nuestro mensaje, pretendidamente cristianos, intentan dibujar más a un Zacarías cumplidor, “justo”, que recurre a Dios para que acuda allí a donde él no llega por sí mismo, que a una María sorprendida por el impresionante mensaje: “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo”, y llena de gozo por la grandeza de un Dios que actúa en ella y con ella, que es capaz de hacer suyo su propio ser de mujer. Y si del seguimiento del Señor se trata, María ilumina el camino de purificación de la fe-obediencia, en el que todo discípulo debe dejarse conducir viviendo la propia misión en íntima comunión con la misión de Jesús, recorriendo el camino pascual de muerte y resurrección que él recorrió. La plena identificación de María con la total disponibilidad de Jesús a la voluntad del Padre, asumiendo las rupturas que tuvo que asumir respecto a sus propias expectativas y a la superación de su relación madre-hijo, aunque ésta y aquellas fueran fruto de su íntima relación con Dios, denuncia todas esas maneras de vivir y presentar el seguimiento del Señor como un camino de “logros”, de cumplimiento de ideales, de confirmación de lo que se espera. María nos ha enseñado que, por garantizado que esté el discernimiento de la llamada inicial y la fe-disponibilidad para corresponder a esa llamada, sea del tipo que sea dentro de la vida cristiana, el discípulo no es tal hasta que no se haga en la fidelidad, día a día, del seguimiento. También nosotros, en el seguimiento del Señor tenemos que pasar de la “relación según la carne” a la relación de fe-obediencia.

³⁹ Cf. *Marialis cultus*, Introducción y nn. 24-28.